



# ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA

CONSEJO DIOCESANO DE MADRID

BOLETÍN ARCHIDIOCESANO

Noviembre 2020 n.º 1.397



- 1 | Editorial**
- 2 | De nuestra vida**
  - 2 | Vigilia de Difuntos
  - 2 | Apostolado de la Oración
  - 2 | Necrológicas
- 3 | Santos Misioneros**
- 5 | Calendario litúrgico**
- 7 | Doctores de la Iglesia**
- 10 | Reflexiones sobre la muerte y la resurrección**
- 14 | Tema de reflexión**
- 16 | De La Lámpara**
- 19 | Enseñanzas de Benedicto XVI**
- 22 | Rincón poético**
- 23 | Colaboración**
- 25 | El Catecismo de la Iglesia Católica**
- 27 | Calendario de Vigilias**
- 29 | Cultos en la Capilla de la Sede**
- 29 | Rezo del Manual**



Portada:

**Santa Teresita del Niño Jesús OCD**

*Patrona Universal de las Misiones y Doctora de la Iglesia*

**Edita:** ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA  
CONSEJO DIOCESANO DE MADRID.

**Domicilio:** C/ Barco, 29, 1.º  
28004 Madrid  
Tel. y Fax: 915 226 938  
anemadrid1877@gmail.com  
@anemadrid1877  
www.ane-madrid.org

**Redacción:** J. Alcalá, A. Caracuel, A. Blanco, F. Garrido,  
A. Ramírez, D. Ruiz.

**Diseño, maquetación e impresión:** Gráficas Arias Montano, S.A.  
**Depósito Legal:** M-7548-2011

# 143 AÑOS DE FIDELIDAD



A las nueve y media de la noche del día 3 de noviembre de 1877, se reunieron en la iglesia de San Antonio del Prado de Madrid, siete caballeros españoles capitaneados por Luis de Trelles y Nogueroles para celebrar la primera vigilia, naciendo así la Adoración Nocturna Española, cuyo 143 aniversario celebramos.

Al dar gracias al Señor por tan larga vida, recordamos cuales son los fines principales de nuestra obra y que nosotros hemos de procurar cumplir:

- Adorar con amor al mismo Cristo.
- Adorar con Cristo al Padre «en espíritu y en verdad».
- Ofrecerse con Él, como víctimas penitenciales, para la salvación del mundo y para la expiación del pecado.
- Orar, permanecer amorosamente en la presencia de Aquel que nos ama.

Felicidades a todos por esta hermosa efemérides y que Jesús Sacramentado nos haga fieles en el cumplimiento de nuestras obligaciones como adoradores. ■

## Vigilia de Difuntos



El próximo día 1 de noviembre de 2020 a las 22:00 horas celebraremos la tradicional Vigilia de Difuntos.

Los adoradores de la Sección de Madrid nos reuniremos en la Parroquia Basilica de La Milagrosa (c. García de Paredes 45) para, unidos a toda la Iglesia, hacer memoria de nuestros hermanos adoradores difuntos, de nuestros familiares y amigos y de los benefactores de nuestra querida Asociación.

Los adoradores de las Secciones de Madrid celebrarán sus vigilias en los Templos respectivos. ■

### OS ESPERAMOS A TODOS

La celebración de esta Vigilia queda sujeta a las decisiones de las autoridades en relación con el decreto de declaración del estado de alarma vigente en el momento de elaboración de este Boletín.

Se ruega a los responsables de los Turnos y Secciones que estén pendientes de las comunicaciones del Consejo Diocesano de la Adoración Nocturna de Madrid al respecto.

## Apostolado de la oración

Intenciones del Papa para el mes de noviembre 2020

**Intención de oración por la evangelización – *La inteligencia artificial***

Recemos para que el progreso de la robótica y de la inteligencia artificial esté siempre al servicio del ser humano. ■

### ☞ • *Necrológicas* • ☛

Ha pasado a la Casa del Padre:

- **Dña. Inés Pérez Fernández**, Adoradora Veterana Constante de la Sección de Fátima.

*¡Dale, Señor, el descanso eterno!*

# SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Patrona Universal  
de las Misiones  
y Doctora de la Iglesia



Teresa Martin nació en Alençon, Francia, el 2 de enero de 1873. Dos días más tarde fue bautizada en la Iglesia de Nôtre-Dame, recibiendo los nombres de María Francisca Teresa. Sus padres fueron Luis Martin y Celia Guérin, ambos santos ya en la actualidad. Tras la muerte de su madre, el 28 de agosto de 1877, Teresa se trasladó con toda la familia a Lisieux.

A finales de 1879 recibió por vez primera el sacramento de la Penitencia. El día de Pentecostés de 1883, recibió la gracia especial de ser curada de una grave enfermedad por la intercesión de Nuestra Señora de las Victorias (la Virgen de la Sonrisa). Educada por las Benedictinas de Lisieux, recibió la primera comunión el 8 de mayo de 1884, después de una intensa preparación, culminada con una fuerte experiencia de la gracia de la íntima comunión con Cristo. Algunas semanas más tarde, el 14 de junio del mismo año, recibió la Confirmación, con plena conciencia de acoger el don del Espíritu Santo mediante una participación personal en la gracia de Pentecostés.

Su deseo era abrazar la vida contemplativa, al igual que sus hermanas Paulina y María, en el Carmelo de Lisieux, pero su temprana edad se lo impedía. Durante un viaje a Italia, después de haber visitado la Santa Casa de Loreto y los lugares de la Ciudad Eterna, el 20 de noviembre de 1887, en la audiencia concedida por el Papa León XIII a los

peregrinos de la diócesis de Lisieux, pidió al Papa con filial audacia autorización para poder entrar en el Carmelo con 15 años.

El 9 de abril de 1888 ingresó en el Carmelo de Lisieux. Tomó el hábito el 10 de enero del año siguiente e hizo su profesión religiosa el 8 de septiembre de 1890, fiesta de la Natividad de la Virgen María.

En el Carmelo comenzó el camino de perfección trazado por la Madre Fundadora, Teresa de Jesús, con auténtico fervor y fidelidad, y cumpliendo los diferentes oficios que le fueron confiados (fue también maestra de novicias). Iluminada por la Palabra de Dios, y probada especialmente por la enfermedad de su queridísimo padre, Luis Martin, que falleció el 29 de julio de 1894, emprendió el camino hacia la santidad, inspirada en la lectura del Evangelio y poniendo el amor al centro de todo. Teresa nos ha dejado en sus manuscritos autobiográficos no sólo los recuerdos de la infancia y de la adolescencia, sino también el retrato de su alma y la descripción de sus experiencias más íntimas. Descubre y comunica a las novicias confiadas a sus cuidados el camino de la infancia espiritual; recibe como don especial el encargo de acompañar con la oración y el sacrificio a dos hermanos

misioneros (el Padre Roulland, misionero en China y el Padre Bellière). Penetra cada vez más en el misterio de la Iglesia y siente crecer su vocación apostólica y misionera para arrastrar consigo a los demás, movida por el amor de Cristo, su Único Esposo.

El 9 de junio de 1895, en la fiesta de la Santísima Trinidad, se ofreció como víctima inmolada al Amor misericordioso de Dios. Por entonces escribe el primer manuscrito autobiográfico, que entregó a la Madre Inés el día de su onomástica, el 21 de enero de 1896.

Algunos meses más tarde, el 3 de abril, durante la noche del jueves al viernes santo, sufrió una hemotisis, primera manifestación de la enfermedad que la llevaría a la muerte, y que ella acogió como una misteriosa visita del Esposo divino. Entró entonces en una prueba de fe que duraría hasta el final de su vida, y de la que ofrece un emotivo testimonio en sus escritos. Durante el mes de septiembre concluye el *manuscrito B*, que ilustra de manera impresionante el grado de santidad al que había llegado, especialmente por el descubrimiento de su vocación en el corazón de la Iglesia.

Mientras empeora su salud y continúa el tiempo de prueba, en el mes de junio comienza el manuscrito C, dedicado a la Madre María de Gonzaga; entretanto, nuevas gracias la llevan a madurar plenamente en la perfección y descubre nuevas luces para la difusión de su mensaje en la Iglesia, en bien de las almas que seguirán su camino. El 8 de julio es llevada a la enfermería, donde otras religiosas recogen sus palabras, a la vez que se le tornan más intensos los dolores y las pruebas, que soporta con paciencia hasta su muerte, acaecida en la tarde del 30 de septiembre de 1897, a las 19:20 h. «Yo no muero, entro en la vida» había escrito a su hermano espiritual misionero, P. Mauricio Bellière. Sus últimas palabras, «Dios mío, te amo»,



sellan una vida que se extinguió en la tierra a los 24 años, para entrar, según su deseo, en una nueva fase de presencia apostólica en favor de las almas, en la comunión de los Santos, para derramar una «lluvia de rosas» sobre el mundo (lluvia de favores y beneficios, especialmente para amar más a Dios).

Fue canonizada por Pío XI el 17 de mayo de 1925, y el mismo Papa, el 14 de diciembre de 1927, la proclamó Patrona Universal de las Misiones, junto con San Francisco Javier.

Su doctrina y su ejemplo de santidad han sido recibidos con gran entusiasmo por todas las categorías de fieles de este siglo, y también más allá de la Iglesia Católica y del Cristianismo.

Con ocasión del Centenario de su muerte, el Papa Juan Pablo II la declaró Doctora de la Iglesia por la solidez de su sabiduría espiritual, inspirada en el Evangelio, por la originalidad de sus intuiciones teológicas, en las cuales resplandece su eminente doctrina, y por la acogida en todo el mundo de su mensaje espiritual, difundido a través de la traducción de sus obras en una cincuentena de lenguas diversas. La ceremonia del nombramiento tuvo lugar el 19 de octubre de 1997, precisamente en el domingo en el que se celebraba la Jornada Mundial de las Misiones. ■



## DÍA 2 DE NOVIEMBRE

# CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

## Homilía del Santo Padre Francisco

La celebración de la fiesta de todos los difuntos en una catacumba —para mí es la primera vez en mi vida que entro en una catacumba, es una sorpresa— nos dice tantas cosas. Podemos pensar en la vida de aquellas personas, que tenían que esconderse, que tenían esta cultura de enterrar a los muertos y celebrar la Eucaristía aquí... Es un feo momento de la historia, pero que no ha sido superado: todavía hoy hay algunos. Hay tantos. Muchas catacumbas en otros países, donde incluso tienen que fingir que hay una fiesta o un cumpleaños para celebrar la Eucaristía, porque en ese lugar está prohibido hacerlo. Hoy también hay cristianos perseguidos más que en los primeros siglos, todavía más. Esto —las catacumbas, la persecución, los cristianos— y estas lecturas me hacen pensar en tres palabras: identidad, lugar y esperanza.

La *identidad* de esta gente que se reunía aquí para celebrar la Eucaristía y alabar al Señor, es la misma que la de nuestros hermanos de hoy en muchos, tantos países donde ser cristiano es un crimen, está prohibido, no tienen derecho. La misma. La identidad es esta que hemos escuchado: son las *Bienaventuranzas*. La identidad del



cristiano es ésta: las Bienaventuranzas. No hay otra. Si haces esto, si vives así, eres cristiano. «No, pero mira, yo pertenezco a esa asociación, a esa otra..., soy de este movimiento...». Sí, sí, todo muy bonito; pero son fantasías frente a esta realidad. Tu carnet de identidad es este [indica el Evangelio], y si no lo tienes, los movimientos u otras pertenencias son inútiles. O vives así, o no eres cristiano. Simplemente. Lo dijo el Señor. «Sí, pero no es fácil, no sé cómo vivir así...». Hay otro pasaje del Evangelio que nos ayuda a entenderlo mejor, y ese pasaje del Evangelio será también el «gran protocolo» por el que seremos juzgados. Es Mateo 25. Con estos dos pasajes del Evangelio, las Bienaventuranzas y el gran protocolo, mostraremos, viviendo esto, nuestra identidad

como cristianos. Sin esto no hay identidad. Está la ficción de ser cristiano, pero no la identidad.

Esta es la identidad del cristiano. La segunda palabra: *el lugar*. Esa gente que venía aquí para esconderse, para estar seguros, incluso para enterrar a los muertos; y esa gente que hoy celebra la Eucaristía en secreto, en aquellos países donde está prohibido... Pienso en aquella monja en Albania que estaba en un campo de reeducación, en la época comunista, y estaba prohibido que los sacerdotes dieran los sacramentos, y esta monja, allí, bautizaba en secreto. La gente, los cristianos sabían que esta monja bautizaba y las madres se acercaban con el niño; pero ella no tenía un vaso, algo para poner agua... Lo hacía con los zapatos: tomaba el agua del río y bautizaba con los zapatos. El lugar del cristiano está un poco por todas partes, no tenemos un lugar privilegiado en la vida. Algunos quieren tenerlo, son cristianos «calificados». Pero corren el riesgo de quedarse con el «calificados» y dejar caer el «cristianos». Los cristianos, ¿cuál es su lugar? «Las almas de los justos están en las manos de Dios» (Sab 3, 1): el lugar del cristiano está en las manos de Dios, donde Él quiere. Las manos de Dios, que tienen llagas, que son las manos de su Hijo que quiso llevar consigo las llagas para enseñárselas al Padre e interceder por nosotros. El lugar del cristiano está en la intercesión de Jesús ante el Padre. En las manos de Dios. Y ahí estamos seguros, pase lo que pase, incluso la cruz. Nuestra identidad [indica el Evangelio] dice

que seremos benditos si nos persiguen, si dicen de todo en nuestra contra; pero si estamos en las manos de Dios llagadas de amor, estamos seguros. Ese es nuestro lugar. Y hoy podemos preguntarnos: ¿Pero dónde me siento más seguro? ¿En las manos de Dios o con otras cosas, con otras certezas que «alquilamos» pero que al final caerán, que no tienen consistencia?

Estos cristianos, con este carnet de identidad, que vivían y viven en las manos de Dios, son hombres y mujeres de esperanza. Y esta es la tercera palabra que se me ocurre hoy: *esperanza*. Lo hemos escuchado en la segunda lectura: esa visión final donde todo es rehecho, donde todo es re-creado, esa patria donde todos iremos. Y para entrar no se necesitan cosas extrañas, no se necesitan actitudes sofisticadas: basta con mostrar el carnet de identidad: «Está bien, adelante». Nuestra esperanza está en el cielo, nuestra esperanza está anclada allí y nosotros, con la cuerda en la mano, nos sostenemos mirando esa orilla del río que tenemos que cruzar.

Identidad: Bienaventuranzas y Mateo 25. Lugar: el lugar más seguro, en las manos de Dios, llagadas de amor. Esperanza, futuro: el ancla, allí, en la otra orilla, pero yo bien agarrado a la cuerda. Esto es importante, ¡siempre agarrados a la cuerda! Muchas veces sólo veremos la cuerda, ni siquiera el ancla, ni siquiera la otra orilla; pero tú, agárrate a la cuerda que llegarás a salvo. ■



## Libro de la Vida (II)

*En que trata el modo y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuándo lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oración, porque se declara muy bien, y de harta doctrina.*

Cuando es demonio, no sólo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos o tres veces, y he sido luego avisada del Señor cómo era demonio. Dejado la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma a manera de otras muchas veces que ha permitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma y se alborota y aflige sin saber de qué, porque lo que él dice no es malo sino bueno. Pienso si siente un espíritu a otro. El gusto y deleite que él da, a mi parecer, es diferente en gran manera. Podrá él engañar con estos gustos a quien no tuviere o hubiere tenido otros de Dios.

De veras digo gustos, una recreación suave, fuerte, impresa, deleitosa, quieta; que unas devocioncitas del alma, de lágrimas y otros sentimientos pequeños, que al primer airecito de persecución se pierden estas florecitas, no las llamo devociones, aunque son buenos principios y santos sentimientos, mas no para determina



restos efectos de buen espíritu o malo. Y así es bien andar siempre con gran aviso, porque cuando a personas que no están más adelante en la oración que hasta esto, fácilmente podrían ser engañadas si tuviesen visiones o revelaciones. Yo nunca tuve cosa de estas postreras hasta haberme Dios dado, por sólo su bondad, oración de unión, si no fue la primera vez que dije, que ha muchos años, que vi a Cristo, que pluguiera a Su Majestad entendiera yo era verdadera visión como después lo he entendido, que no me fuera poco bien. Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran disgusto.

Tengo por muy cierto que el demonio no engañará, —ni lo permitirá Dios—, a alma que de ninguna cosa se fía de sí y está fortalecida en la fe, que entienda ella de sí que por un punto de ella morirá mil muertes. Y con este amor a la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia, preguntando a

unos y a otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverían cuantas revelaciones pueda imaginar —aunque viese abiertos los cielos— un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, o detenerse en decir: «pues si Dios me dice esto, también puede ser verdad, como lo que decía a los santos» (no digo que lo crea, sino que el demonio la comience a tentar por primer movimiento; que detenerse en ello ya se ve que es malísimo, mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso creo no vendrán si el alma está en esto tan fuerte como la hace el Señor a quien da estas cosas, que le parece desmenuzará los demonios sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia, muy pequeña.

Digo que si no viere en sí esta fortaleza grande y que ayude a ella la devoción o visión, que no la tenga por segura. Porque, aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande. Que, a lo que yo veo y sé de experiencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece tendría en que es demonio que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga. Porque entonces no es menester andar a buscar señales ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería. El caso es que, cuando es demonio parece que se esconden todos los bienes y huyen del alma, según que-

da desabrida y alborotada y sin ningún efecto bueno. Porque aunque parece pone deseos, no son fuertes. La humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Páreceme que a quien tiene experiencia del buen espíritu, lo entenderá.

Con todo, puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta que no lo sea más temer e ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir; aunque a mí hartos me han venido por estos temores demasiados que tienen algunas personas. En especial me acaeció una vez que se habían juntado muchos a quien yo daba gran crédito —y era razón se le diese— que, aunque yo ya no trataba sino con uno, y cuando él me lo mandaba hablaba a otros, unos con otros trataban mucho de mi remedio, que me tenían mucho amor y temían no fuese engañada. Yo también traía grandísimo temor cuando no estaba en la oración, que estando en ella y haciéndome el Señor alguna merced, luego me aseguraba. Creo eran cinco o seis, todos muy siervos de Dios. Y díjome mi confesor que todos se determinaban en que era demonio, que no comulgase tan a menudo y que procurase distraerme de suerte que no tuviese soledad. Yo era temerosa en extremo, como he dicho. Ayudábame el mal de corazón, que aun en una pieza sola no osaba estar de día muchas veces. Yo, como vi que tantos lo afirmaban y yo no lo podía creer, diome grandísimo escrúpulo, pareciendo poca humildad; porque todos eran más de buena vida sin comparación que yo, y letrados, que por qué no los había de creer.

Forzábame lo que podía para creerlo, y pensaba que mi ruin vida y que conforme a esto debían de decir verdad.

Fuime de la iglesia con esta aflicción y entréme en un oratorio, habiéndome quitado muchos días de comulgar, quitada la soledad, que era todo mi consuelo, sin tener persona con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecía burlaban de mí cuando de ello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio; sólo el confesor, que, aunque conformaba con ellos por probarme —según después supe—, siempre me consolaba y me decía que, aunque fuese demonio, no ofendiendo yo a Dios, no me podía hacer nada, que ello se me quitaría, que lo rogase mucho a Dios. Y él y todas las personas que confesaba lo hacían harto, y otras muchas, y yo toda mi oración, y cuantos entendía eran siervos de Dios, porque Su Majestad me llevase por otro camino. Y esto me duró no sé si dos años, que era continuo pedirlo al Señor.

A mí ningún consuelo me bastaba, cuando pensaba que era posible que tantas veces me había de hablar el demonio. Porque de que no tomaba horas de soledad para oración, en conversación me hacía el Señor recoger y, sin poderlo yo excusar, me decía lo que era servido y, aunque me pesaba, lo había de oír.

Pues estándome sola, sin tener una persona con quien descansar, ni podía rezar ni leer, sino como persona espantada de

tanta tribulación y temor de si me había de engañar el demonio, toda alborotada y fatigada, sin saber qué hacer de mí. En esta aflicción me vi algunas y muchas veces, aunque no me parece ninguna en tanto extremo. Estuve así cuatro o cinco horas, que consuelo del cielo ni de la tierra no había para mí, sino que me dejó el Señor padecer, temiendo mil peligros. ¡Oh Señor mío, cómo sois Vos el amigo verdadero; y como poderoso, cuando queréis podéis, y nunca dejáis de querer si os quieren! ¡Alaben os todas las cosas, Señor del mundo! ¡Oh, quién diese voces por él, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos! Todas las cosas faltan; Vos Señor de todas ellas, nunca faltáis. Poco es lo que dejáis padecer a quien os ama.

¡Oh Señor mío!, ¡qué delicada y pulida y sabrosamente los sabéis tratar! ¡Quién nunca se hubiera detenido en amar a nadie sino a Vos! Parece, Señor, que probáis con rigor a quien os ama, para que en el extremo del trabajo se entienda el mayor extremo de vuestro amor. ¡Oh Dios mío, quién tuviera entendimiento y letras y nuevas palabras para encarecer vuestras obras como lo entiende mi alma! Fáltame todo, Señor mío; más si Vos no me desamparáis, no os faltará yo a Vos. Levántense contra mí todos los letrados; persíganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios, no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía. ■

**Santa Teresa de Jesús**

*Doctora de la Iglesia*

*Libro de la vida, del cap. XXV*

# CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS

No cabe duda de que, de todos los problemas con que el hombre se enfrenta, la muerte es el más grave de todos. Horrible es la injusticia; espantoso el dolor; amargo el amor que no llega a su meta o que es traicionado. Pero es el horizonte de la muerte lo que entenebrece todo lo demás. Si ella fuese abolida, todo giraría en la vida del hombre.

Los modernos tratan —tratamos— de camuflarla. En los países más industrializados la mayoría de los enfermos mueren ya en hospitales, como en un esfuerzo titánico para alejar la muerte de nuestra vista. Y, una vez muertos, se embadurna a los cadáveres para que sigan, de algún modo pareciendo vivos.

El hombre no quiere ver la muerte. Trata de imaginarla como una especie de accidente inevitable, como algo que, en definitiva, no atañerá a los vivos, algo que no tuviera que ver con nosotros.

Y, sin embargo, nunca la muerte estuvo más clavada en las entrañas de una civilización que en la nuestra. Abrimos los periódicos, encendemos las pantallas de televisión, salimos al tráfico de nuestras calles, y todo parece oler a muerte. Somos árboles de un bosque en el que incesantemente el rayo fuera tronchando los troncos de nuestros vecinos. Y experimentamos cómo el bosque se va llenando de calvas, cómo nos vamos quedando solos.

Y luchamos, desesperadamente, contra la muerte. Hemos logrado disminuir notablemente la mortalidad infantil; hemos prolongado notablemente, casi doblado, el promedio de vida de los hombres; los cirujanos luchan por descubrir las últimas defensas para salvar a quienes parecían definitivamente abocados a ella; buscamos recambio a nuestros corazones cansados; luchamos, luchamos. pero ella está ahí.

El hombre se muere. Ya es maravilloso que siga viviendo, que yo concluya de escribir esta página, que el lector termine de leerla. La caña frágil que el hombre es - aunque sea una caña importantísima y pensante— está expuesta a todos los vientos y puede quebrarse en la primera esquina.

Y, porque la muerte es triste, lo son también sus avenidas: el dolor lacerante de las enfermedades o la ruina desoladora del envejecimiento. Poco valen frente a ellos las diversas formas de anestesia que la hu-



manidad se inventa; de nada sirve el dinero ni el progreso. El hombre, con todo su poder y su orgullo, termina agachándose para entrar en la enfermedad o la vejez y encogiéndose más aún para entrar en el ataúd.

Pero la muerte es aún más dolorosa por lo que interrumpe que por lo que es. ¿De qué sirve un gran amor que ha de durar sólo unos pocos años? ¿Para qué luchar, si toda lucha ha de terminar a plazo fijo y buena parte de sus frutos no serán disfrutados por el luchador? No es lo malo la muerte por lo que es, sino por lo que, además, envenena la vida entera. A su luz todo se hace relativo y el hombre se ve obligado a pensar si vale la pena encarnizarse, sufrir, sangrar, llorar, gastarse, por bienes tan absolutamente pasajeros.

Porque todo cambiaría si el hombre tuviera la certeza de que las cosas continúan de algún modo «al otro lado». Pero este misterio es aún más hondo que el de la muerte, más desconcertante. ¿Qué hay tras esa puerta? ¿Hay verdaderamente algo?

Y el problema es grave a nivel personal. Cuando yo haya muerto ¿todo habrá acabado para mí? ¿Seguiré existiendo de algún modo, en algún sitio? ¿Continuaré siendo el hombre que soy, tendré una memoria, mantendré de algún modo mis ilusiones de hoy, prolongaré de alguna manera, mi obra, mis amores?

Pero aún se hace más agudo respecto a aquellos que amo. Muchos han muerto ya. ¿Existen de alguna manera? ¿Siguen recordándose como yo les recuerdo, me aman aún como yo les amo? Esta memoria mía, este cariño hacia ellos que se mantiene en

mí, obstinado, pertinaz ¿es simplemente humo y sueño? ¿O hay en algún sitio un recuerdo que responde a mi recuerdo, un amor que corresponde a mi amor? Y aquellos que hoy amo y que aún viven ¿podrán borrarse definitivamente mañana? ¿Dejarán un día de amarme para siempre? Si mañana murieran ¿ya nunca más me reuniría con ellos? Y si me reuniera ¿me reconocerían? ¿Seguirían ellos siendo «ellos» y yo continuaría siendo «yo»? ¿Nuestro amor de hoy tendría un nuevo capítulo, tal vez inacabable?

Siento ahora que algo grita en mi: no sólo la necesidad de que ellos existan sino una especie de loca certeza de que ellos existen, de que aquello que yo ame no puede haber muerto del todo. Pueden haber muerto sus cuerpos. Pero yo no los amé por sus cuerpos. Aquello por lo que yo les quise no puede haber muerto, no puede morir. Es una certeza furiosa y que ciertamente no sería capaz de demostrar con mi razón científica, pero que grita por todas las rendijas de mí ser. Y sé que no creo en eso porque yo lo necesite, sé que creo porque no puede no ser verdadera esta brutal aspiración que como yo han sentido millones y millones de hombres desde que el mundo existe.

Pero, junto a esta certeza, experimento otras dos: que con ella no puedo despertar a mis muertos y que ni siquiera soy capaz de penetrar con mi imaginación en ese mundo que todo mi ser grita que existe. Por mucho que yo siga amando a mi madre, por mucho que necesite su compañía, sé que mi único consuelo es visitar su tumba y mantener firme mi certeza de que —al otro lado del misterio— volveré a

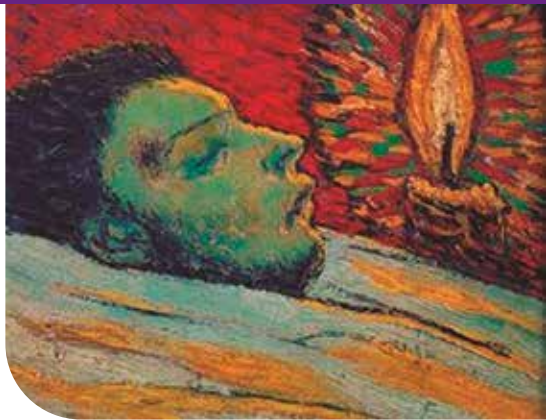
encontrarla. Mis deseos no la resucitan. La muerte es más fuerte que ellos, aunque no sea más fuerte que mi esperanza.

Y también es estéril mi imaginación. A veces me imagino a mi madre paseando por celestes praderas, pero sé que son simples proyecciones de la realidad de aquí. Sé que ella existe, pero que esas praderas son soñadas, deformantes, falsificadoras. Por eso, en realidad, son tan absurdas todas las imágenes con las que nos imaginamos la otra vida. Nuestra visión del infierno es tan grotesca como la que tenemos del cielo. Aquello que certifica la esperanza, lo falsifica y vuelve vano la imaginación.

Pero esas imágenes demuestran algo importante: que el hombre es muy corto en sus deseos. Decimos desear la vida eterna, pero en realidad sólo aspiramos a continuar la actual, una segunda vida que nos imaginamos como simple prolongación de esta. Lo que deseamos no es superar la muerte con una vida total, sino volver atrás, a nuestras calles y a nuestros sudores, cruzar inversamente la puerta que con la muerte atravesamos, regresar, continuar, dejar la muerte en suspenso, no vencerla y superarla.

Sí en realidad los muertos a quienes amamos regresarán, pero lo hicieran con la vida plena de quien ha vencido para siempre a la muerte nos aterrían más que alegrarnos. Queremos que vuelvan limitados, pequeños, atados a esta corta realidad que es la nuestra. Otra vida más grande nos aterra, porque nos desborda. No nos cabe en la imaginación. Puede únicamente cabernos en la fe. (...)

He de anticipar aquí una observación fundamental si queremos entender la re-



surrección de Jesús. Porque esta palabra tiene dos significados muy diferentes y no entenderemos nada si no los distinguimos. Buena parte de los equívocos sobre este problema vienen de olvidar esta distinción.

Porque la frase «resucitar de entre los muertos» tiene dos acepciones completamente distintas y los hombres tendemos a entenderla siempre en la primera e inferior de ellas.

Es el sentido que podríamos llamar «terrestre». Resucitar sería simplemente volver a la misma vida que se tenía antes, reanudar lo que la muerte interrumpió, como se vuelve a casa tras un corto o largo viaje. En este sentido el resucitado no tiene una «nueva» vida, sino una segunda parte de la «misma» vida; sigue atado a la fugitiva vida, continúa siendo mortal. Esta fue la resurrección de Lázaro. esta parece ser la única resurrección a la que el hombre aspira.

Pero esta resurrección, aun siendo muy importante, aun necesitando, para producirse, un enorme milagro, en realidad no resuelve ninguno de los grandes problemas humanos. La muerte sigue siendo muerte, el hombre sigue encadenado al



tiempo y a la fugacidad. Esa resurrección es, en realidad, más una suspensión o un retraso de los efectos de la muerte, que una verdadera resurrección. No es una victoria sobre la muerte, no es la entrada en una vida plena y total.

Cuando hablamos de la resurrección de Jesús hablamos de mucho más. Jesús, al resucitar, no da un paso atrás, sino un paso adelante. No es que regrese a la vida de antes, es que entra en la vida total. No cruza hacia atrás el umbral de la muerte, sino que, dando un vertiginoso salto hacia adelante, penetra en la eternidad; no reingresa en el tiempo; entra allí donde no hay tiempo. Si la primera forma de resurrección es un milagro, esta segunda es además un misterio; si la primera resulta en definitiva comprensible, la segunda se vuelve inalcanzable para la inteligencia humana. Jesús, tras su resurrección, no «vuelve a estar vivo», sino que se convierte, como les gusta decir a los evangelistas, en «el viviente», en el que ya no puede morir. No es que regrese por la puerta por la que salió, es que encuentra y descubre una nueva puerta por la que se escapa hacia las praderas de la vida eterna.

Ahí es donde se capta el profundo optimismo del cristianismo en la en comparación con el pesimismo platónico o hindú. La revelación propia de Jesucristo en su resurrección es que el cuerpo humano, humilde innecesario instrumento del alma, puede seguirla hasta la eternidad y participar en la eternidad. Lo que se hizo una vez para uno solo puede hacerse para todos. Nosotros, los cristianos, esperamos la «resurrección de la carne», su promoción a la eternidad. ¡Prodigiosa aventura! Con la resurrección de nuestro Señor Jesucristo se pone fin a nuestra miserable filosofía de rampantes: estamos hechos para penetrar en cuerpo y alma en la eternidad, para gozar de Dios, para devorarle como hermoso fruto de nuestro destino. ■

Su resurrección no aporta, pues, un «trozo» más a la vida humana; Descubre una nueva vida y, con ello, trastorna nuestro sentido de la vida, al mostrarnos una que no está limitada por la muerte.

Pero no se trata de una nueva vida en sentido solo espiritual, tal y como decimos que nuestros muertos han pasado a ella. Jesús entra por su resurrección, en esta nueva vida con toda la plenariedad de su ser, en cuerpo y alma, entero. Y quién resucita es él y no es él. Es él porque no se trata de una persona distinta; y no es él porque el resucitado inaugura una humanidad nueva, no atada ya a la muerte. Como ha escrito un poeta, al resucitar «todos creyeron que él había vuelto. Pero no era él, sino más». Era el, pero más el, era el definitivo.

Esta es la gran apuesta que los creyentes nos jugamos en la resurrección de Cristo: sí él no resucitó, somos los más desgraciados de los hombres, como dijo San Pablo. Pero si él resucitó, ser hombre es la cosa más exaltante que puede existir. Cómo escribe Bruckberger:

**José Luis Martín Descalzo**  
*Vida y misterio de Jesús de Nazaret*

Noviembre 2020

### Desde el Cuarto de Guardia Reflexiones de un Adorador Nocturno para Orar desde la Reunión Previa

### *La adoración nocturna momento para cultivar la intimidad con Dios*

#### 1º MARCO PARA ESTA NOCHE DE NOVIEMBRE

Dios además de en el cielo, está presente entre nosotros de una manera admirable en el Pan y Vino consagrados, en la celebración eucarística, en el prodigio de la Comunión y en las Especies Sacramentales en el Sagrario. En esta vigilia, vamos a tener como anclaje de nuestro corazón y de nuestros pensamientos: *Cristo es el vecino más influyente e*

*importante de nuestra comunidad.* Queréis enchufes, id al sagrario. Aprendamos en las vigiliass de la Adoración Nocturna a llevarlo en nuestro ser durante nuestra vida, en la media hora de meditación contemplativa, al salmodiar, al cantar, al musitar y al adorar y, SOBRE TODO, en medio de los afanes de cada día.

#### 2º UNA ORACIÓN JACULATORIA AL ESPÍRITU SANTO, PARA QUE NOS ENCIENDA EN AMORES

Sin la ayuda del Espíritu Santo, nuestra religiosidad puede quedarse en ritos sin alma. El Espíritu Santo, tercera persona de la Santísima Trinidad es el fuego del Corazón de Cristo. Esta noche digámosle:

*Tu septiformis munere,  
Sermone ditans guttura.*

Tú derramas sobre nosotros los siete dones; pones en nuestros labios los tesoros de tu palabra.

#### 3º UN TEXTO DEL VENERABLE DON LUIS DE TRELLES QUE NOS INICIE EN LA ORACIÓN MEDITATIVA

Cristo se ha quedado con nosotros hasta el final de los tiempos. ¡Imposible! Así es: imposible e increíble para nuestras cortas miras siempre pedestres, siempre a ras de suelo, pero no para nuestro Dios que por su encarnación tiene corazón de hombre sin dejar de amar como Dios. Las vigiliass de Adoración Nocturna son ocasión para cultivar y crecer en el

amor a un Dios enamorado de los seres humanos, ahondando en la maravillosa intimidad de quien, además de pagar por nuestras culpas, se ha quedado a vivir cerca de nosotros en el sagrario, para seguir de cerca nuestras incidencias, alegrías y penas y, en todo momento, ser nuestro consejero, nuestro amigo, nuestro maestro, nuestro director. Cristo vive en nues-

tra vecindad. Es el vecino más importante de nuestra comunidad que nos espera paciente, apasionadamente y vivo en el Pan Eucarístico.

El Señor nos ha redimido. ¡Hecho grandioso! Pero además hay mucho más: ha querido vivir con nosotros para enamorarnos, para que, en medio de la vida cotidiana sepamos que él no nos abandona. Cristo, Nuestro Señor y amigo, sigue de cerca nuestras vicisitudes hasta que nos lleve al banquete eterno del cielo. Dios con nosotros como amigo, hermano, compañero, y además Redentor nuestro y Señor de la historia y además Príncipe de la paz. ¡Alabado sea y bendito por siempre!

«La vida común de Cristo con nosotros depende de nuestra voluntad, sin la cual no se otorga. Por una condescendencia de Dios que el corazón presiente, pero que la inteligencia no penetrará jamás, sino en la Bienaventuranza, el Señor se nos brinda en el Sacramento y el hombre no acepta, a pesar de que responde tan grande favor a una necesidad instintiva de nuestra alma, *criada sin duda para su destino inmortal en la gloria y para unirse con Dios por la gracia en la vida temporal*».

Hay en el mundo, y por ventura en las capas inferiores de la sociedad es frecuente, que haya personas predestinadas a una «vocación superior», almas aristocráticas, no obstante, su estado social ínfimo, que presenten un porvenir superior sin aspirar visiblemente a él... Así el hombre en quien estaba borrado el sello

de su origen, al contacto de Dios humanado, digámoslo así, recupera su realeza primitiva y *se puede hermanar, en cierto modo, con Dios*, mediante la gracia que le trajo el Hijo del Rey por una inefable condescendencia.

*La redención no sólo fue para expiar la pena del pecado, sino también una aproximación de Dios al hombre, que revela a éste todo el amor de aquél y le atrae suavemente a sí por vínculos de caridad. ¡Sublime misterio!*

Hay un rescate que supone una compra y un precio, pero también un don perfecto que se nos ofrece. Porque está escrito que tanto amó Dios al hombre que le dio a su Unigénito, No sólo para que con sus méritos infinitos nos rescatase, *sino para que también lo cultivase en su afecto y viviese en una forma tan secreta y eficaz como es la vida eucarística de Cristo*.

No contentándose el Señor con tomar nuestra carne, para sufrir por ella una pena condigna de nuestra culpa, *se quedó con nosotros para hacer una vida común*, permaneciendo en nuestra proximidad para asimilarnos a él y prestarnos sus auxilios todopoderosos.

Si fuera posible usar este lenguaje, diríamos que, amén de vida de la gracia, nos *quiso ofrecer, obrando de esta suerte, la vida de la amistad, de la de la compañía y de la igualdad con todas sus consecuencias*. Es un favor infinito que apenas se creería si no lo explicase el amor de Dios. ■

## Preguntas breves

- La Adoración Nocturna no es una institución venerable que pertenece a otros tiempos. Es remedio a las máximas necesidades religiosas de nuestros días. ¿Por qué no es suficiente saber de Dios, por ejemplo, que El Verbo se encarnó y nos redimió con su muerte y resurrección? ¿Por qué en la Eucaristía se quedó entre nosotros, solo para alabarle y reparar nuestras miserias o, además, para enseñarnos a vivir y transformarnos en Dios?
- La Eucaristía es el alimento que nos lleva a la vida eterna. Sin duda. Pero no pasivamente ni sólo, porque al recibirlo, sabemos que es verdad. ¿Por qué es tan importante tomar conciencia de que la comunión es *para unirse con Dios por la gracia en la vida temporal*?
- ¿Por qué la Eucaristía es además *vivir en una forma tan secreta y eficaz como es la vida eucarística de Cristo*?

# INTERIORIZAR LA EUCARISTÍA

*La oración ante la Eucaristía no se reduce a una sensación estética o romántica, sino que nos recuerda que el corazón de toda experiencia de fe es el don de nosotros mismos, siguiendo el ejemplo de Jesús.*

La crisis de la adoración eucarística —una de las formas de piedad más queridas por el pueblo cristiano a lo largo del último siglo— ha sido una crisis saludable. Ahora, liberada de aditivos incómodos y enriquecida por los frutos de la reforma litúrgica, está recuperando una renovada actualidad en muchos centros de oración e, incluso, en los encuentros de grupos juveniles.

Se comprende, cada vez más, que Jesucristo ha instituido el Sacramento para darse a nosotros como alimento y remedio, y que en el signo del pan (y el vino) presentado sobre el altar para nuestra adoración se hace presente, por obra del Espíritu, la Pascua del Señor. Abandonado ya el estéril intimismo no se va a orar ante el Sacramento «para acompañarle en su soledad», u otros motivos similares que subrayaban su estado prisionero en el tabernáculo o su «humillación» bajo las especies eucarísticas, sino para contemplar toda la historia de la salvación.

Olvidado todo carácter individualista («coloquio íntimo, visita privada...») la oración ante la Eucaristía ha recuperado el profundo lazo que une al Cuerpo eucarístico de Cristo con la comunidad, su cuerpo eclesial. *El signo del pan (y el vino) hace siempre referencia directa a la cena del Señor, y ésta a la comunidad reunida alrededor de su Señor.*

Si el fundamento de toda oración es la búsqueda de Dios y el deseo de un encuentro vivo y personal con El, la adoración eucarística, además, responde a algunas motivaciones específicas.

## Interiorizar la celebración

*La Misa, celebración eclesial de la Pascua del Señor, es el punto de referencia y la clave de comprensión del culto a la Eucaristía fuera de ella.* Todo culto eucarístico está íntimamente vinculado con la celebración de la Eucaristía, y ha de vivirse en conexión y como prolongación de la celebración misma. Nunca sustituirá a la celebración eucarística; el Sacramento prolonga la presencia del Señor y su sacrificio, suscita el deseo de una plena comunión sacramental, actualiza y profundiza la gracia de participación en la liturgia. Como afirma Mons. Tena, «la adoración eucarística no es un momento extracelebrativo, sino más bien una dimensión de cualquier acercamiento al misterio eucarístico como tal», partiendo del mismo momento litúrgico-celebrativo.

La celebración de la Eucaristía es el momento principal de la vida cristiana y de la oración de la Iglesia, pero es impensable responder vitalmente a esta realidad, asimilar su profundo significado, vivir a su luz toda la experiencia humana, sin un constante esfuerzo de interiorización que

supere los límites temporales de la misma celebración. Tal oración de asimilación puede realizarse de muchos modos y en muchos lugares, pero ¿no será el lugar más indicado, el más lógico y natural, para hacerlo, ponernos ante la presencia sacramental del Señor?

## La presencia del resucitado

Sin duda alguna, Jesucristo resucitado está presente en la Palabra, en el pobre, cuando dos o tres se reúnen en su nombre, en la Iglesia. Pero en el Pan y en el Vino consagrados se hace presente de una manera que, valga la expresión, supera todas las demás. La oración que se desarrolla ante estos dones, aprovecha la riqueza típica de esta presencia que no se cierra en sí sino que es abierta, dinámica, para el crecimiento de la comunión con Dios y con los hermanos. La presencia eucarística es el modo elegido por Dios para transformar a su pueblo en el Espíritu.

Por tanto, si la adoración es una oración que busca leer los signos de la Eucaristía, ¿qué pueden decir el pan y el vino consagrados a quien los contempla con fe?

Necesariamente remiten a la celebración del memorial, de la que proceden, el sacrificio de la muerte del Señor que nos ha obtenido la reconciliación sellando en su sangre la nueva y eterna alianza. Pero esta realidad vital se realiza si nosotros nos abrimos a la acción del Espíritu, nos dejamos transformar por él, y nos sentimos llamados personalmente a cerrar el pacto de la nueva alianza del hombre nuevo.

La adoración eucarística no podrá nunca reemplazar a la celebración; por el contra-

rio, hará revivirla en la oración personal y comunitaria, y aumentará el deseo de una intensa participación en el misterio.

La *finalidad última de la Eucaristía* no es ni la presencia real de Cristo en el pan y en el vino, ni el mero hecho de que la Iglesia la celebra comulgando sacramentalmente. Su objetivo es que la comunidad de los creyentes, cada uno de los que la formamos, llegue a asimilar la comunión de vida que Cristo le ofrece: *la participación en Cristo, en su Vida, en su Alianza, en su Sacrificio pascual*. Cristo, que nos hace partícipes de su Carne salvadora en la comunión sacramental, nos invita, con su presencia continuada, a una comunión vital, existencial, prolongada también a lo largo de todo el día: pide una respuesta personal, no meramente ritual o puntual.

La adoración eucarística no es una forma cualquiera de oración dirigida al Señor, sino que es la actitud de oración que mejor responde a la presencia del Señor bajo las especies eucarísticas. La —permanencia de esta presencia de Cristo en su Iglesia—, exige de nosotros una respuesta igualmente permanente. Es evidente que no puede limitarse a ejercicios de piedad, cualesquiera que fueran, ni a una mera presencia física ante el Sacramento eucarístico; la única respuesta a la Presencia permanente es una actitud de vida. Si queremos hablar de una espiritualidad de la adoración eucarística, no podrá ser otra que la espiritualidad del misterio eucarístico, acontecimiento central de nuestra vida, donde el pasado, el presente y el futuro de nuestra salvación son celebrados como una fiesta eterna que se hace alimento cotidiano. En la medida en que cada momento de culto eucarístico

extra-celebrativo, o sea fuera de la Misa, esté inspirado por este acontecimiento central de la vida cristiana, lo prolongue y lo prepare, se encontrará en el corazón mismo de la devoción cristiana auténtica.

## Espacio de vida

La Eucaristía nos muestra a Cristo que se ofrece a nosotros como pan vivo. Ello subraya nuestra total dependencia de Él, «palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4), único alimento que puede colmar nuestra indigencia y hacer brotar en nosotros la verdadera oración: «Aquí estoy —como está escrito en mi libro— para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas» (Sal 39, 8-9).

Los signos del pan y el vino se presentan ante nosotros como realidades propias de un banquete: han sido distribuidos, compartidos, para la vida del mundo. De aquí nace la necesaria conversión a la ley fundamental de la comunión, del compartir, que es el cimiento de toda comunidad.

Sacramento de unidad, la Eucaristía interpela sobre nuestra situación de vida, sobre el hecho de ser, junto a todos los bautizados, el cuerpo de Cristo, miembros los unos de los otros, según las palabras del apóstol Pablo: «Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan» (1 Co 10, 17). Aprendemos así a hacer nuestra, en la adoración eucarística, la causa de la Iglesia. Más aún. Somos animados a levantarnos contra las divisiones en el cuerpo de la comunidad, a buscar todo lo que nos une y a combatir todo lo que pueda separar a los hombres entre sí.

Adorando la Eucaristía, contemplamos la vida del siervo de Yahvé, de quien ha venido «a servir y dar la vida en rescate por muchos» (Mt 20, 28). En los dones eucarísticos leemos su mayor gesto de amor, cuando «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando... (Jesús) se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos» (Jn 13, 1-5).

El gesto de Jesús que entrega su vida haciéndose siervo, funda nuestras relaciones dentro de la comunidad, aleja de nosotros el instinto del dominio para hacer también de nosotros siervos, y nos llama a dar al sacramento su plena eficacia en el cumplimiento de nuestro servicio. Cada uno encuentra entonces en la adoración el sentido del propio servicio. Mediante esta oración se llega a descubrir el camino de la donación personal y del compromiso personal en el seno de la comunidad. *Quien ora ante la Eucaristía no sólo reconoce y acoge para sí el don de la presencia del Señor en un momento de contemplación individual, sino que, por sentirse animado por el mismo amor de Cristo, es empujado a actuar para bien de los otros, y a dar testimonio de la propia fe ante los hermanos.*

Por ello orar ante la Eucaristía no se reduce a una sensación estética o romántica, sino que sigue recordándonos que el corazón de nuestra experiencia de fe ha de ser el don de nosotros mismos, en la imitación fiel del ejemplo del Maestro. ■

**Lino Emilio Díez Valladares, sss**  
*La Lámpara del Santuario*  
Nº 7 Tercera época



## ADVIENTO

*Queridos hermanos y hermanas:*

El Adviento es, por excelencia, el tiempo de la esperanza. Cada año, esta actitud fundamental del espíritu se renueva en el corazón de los cristianos que, mientras se preparan para celebrar la gran fiesta del nacimiento de Cristo Salvador, reavivan la esperanza de su vuelta gloriosa al final de los tiempos. La primera parte del Adviento insiste precisamente en la parusía, la última venida del Señor. Las antífonas de estas primeras Vísperas, con diversos matices, están orientadas hacia esa perspectiva. La lectura breve, tomada de la primera carta de san Pablo a los Tesalonicenses (1 Ts 5, 23-24) hace referencia explícita a la venida final de Cristo, usando precisamente el término griego parusía (v. 23). El Apóstol exhorta a los cristianos a ser irrepreensibles, pero sobre todo los anima a confiar en Dios, que es «fiel» (v. 24) y no dejará de realizar la santificación en quienes correspondan a su gracia.

Toda esta liturgia vespertina invita a la esperanza, indicando en el horizonte de la historia la luz del Salvador que viene: «Aquel día brillará una gran luz» (segunda antífona); «vendrá el Señor con toda su gloria» (tercera antífona); «su resplandor ilumina toda la tierra» (antífona del Magníficat). Esta luz, que proviene del futuro de Dios, ya se ha manifestado en

la plenitud de los tiempos. Por eso nuestra esperanza no carece de fundamento, sino que se apoya en un acontecimiento que se sitúa en la historia y, al mismo tiempo, supera la historia: el acontecimiento constituido por Jesús de Nazaret. El evangelista san Juan aplica a Jesús el título de «luz»: es un título que pertenece a Dios. En efecto, en el Credo profesamos que Jesucristo es «Dios de Dios, Luz de Luz».



Al tema de la esperanza he dedicado mi segunda encíclica, publicada ayer. Me alegra entregarla idealmente a toda la Iglesia en este primer domingo de Adviento a fin de que, durante la preparación para la santa Navidad, tanto las comunidades como los fieles individualmente puedan leerla y meditarla, de modo que redescubran *la belleza y la profundidad de la esperanza cristiana*. En efecto, la esperanza cristiana está inseparablemente unida al conocimiento del rostro de Dios, el rostro que Jesús, el Hijo unigénito, nos reveló con su en-

carnación, con su vida terrena y su predicación, y sobre todo con su muerte y resurrección.

La esperanza verdadera y segura está fundamentada en la fe en Dios Amor, Padre misericordioso, que «tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito» (Jn 3, 16), para que los hombres, y con ellos todas las criaturas, puedan tener vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). Por tanto, el Adviento es tiempo favorable para redescubrir una esperanza no vaga e ilusoria, sino cierta y fiable, por estar «anclada» en Cristo, Dios hecho hombre, roca de nuestra salvación.

Como se puede apreciar en el Nuevo Testamento y en especial en las cartas de los Apóstoles, desde el inicio una nueva esperanza distinguió a los cristianos de las personas que vivían la religiosidad pagana. San Pablo, en su carta a los Efesios, les recuerda que, antes de abrazar la fe en Cristo, estaban «sin esperanza y sin Dios en este mundo» (Ef 2, 12). Esta expresión resulta sumamente actual para el paganismo de nuestros días: podemos referirla en particular al nihilismo contemporáneo, que corroe la esperanza en el corazón del hombre, induciéndolo a pensar que dentro de él y en torno a él reina la nada: nada antes del nacimiento y nada después de la muerte.

En realidad, si falta Dios, falla la esperanza. Todo pierde sentido. Es como si faltara la dimensión de profundidad y todas las cosas se oscurecieran, privadas de su valor simbólico; como si no «des-

tacaran» de la mera materialidad. Está en juego la relación entre la existencia aquí y ahora y lo que llamamos el «más allá». El más allá no es un lugar donde acabaremos después de la muerte, sino la realidad de Dios, la plenitud de vida a la que todo ser humano, por decirlo así, tiende. A esta espera del hombre Dios ha respondido en Cristo con el don de la esperanza.

El hombre es la única criatura libre de decir sí o no a la eternidad, o sea, a Dios. El ser humano puede apagar en sí mismo la esperanza eliminando a Dios de su vida. ¿Cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede acontecer que la criatura «hecha para Dios», íntimamente orientada a él, la más cercana al Eterno, pueda privarse de esta riqueza?

Dios conoce el corazón del hombre. Sabe que quien lo rechaza no ha conocido su verdadero rostro; por eso no cesa de llamar a nuestra puerta, como humilde peregrino en busca de acogida. El Señor concede un nuevo tiempo a la humanidad precisamente para que todos puedan llegar a conocerlo. Este es también *el sentido de un nuevo año litúrgico que comienza*: es un don de Dios, el cual quiere revelarse de nuevo en el misterio de Cristo, mediante la Palabra y los sacramentos.

Mediante la Iglesia quiere hablar a la humanidad y salvar a los hombres de hoy. Y lo hace saliendo a su encuentro, para «buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). Desde esta perspectiva, la ce-

lebración del Adviento es la respuesta de la Iglesia Esposa a la iniciativa continua de Dios Esposo, «que es, que era y que viene» (*Ap* 1, 8). A la humanidad, que ya no tiene tiempo para él, Dios le ofrece otro tiempo, un nuevo espacio para volver a entrar en sí misma, para ponerse de nuevo en camino, para volver a encontrar el sentido de la esperanza.

He aquí el descubrimiento sorprendente: mi esperanza, nuestra esperanza, está precedida por la espera que Dios cultiva con respecto a nosotros. Sí, Dios nos ama y precisamente por eso espera que volvamos a él, que abramos nuestro corazón a su amor, que pongamos nuestra mano en la suya y recordemos que somos sus hijos.

Esta espera de Dios precede siempre a nuestra esperanza, exactamente como su amor nos abraza siempre primero (cf. *1 Jn* 4, 10). En este sentido, la esperanza cristiana se llama «teologal»: Dios es su fuente, su apoyo y su término. ¡Qué gran consuelo nos da este misterio! Mi Creador ha puesto en mi espíritu un reflejo de su deseo de vida para todos. Cada hombre está llamado a esperar correspondiendo a lo que Dios espera de él. Por lo demás, la experiencia nos demuestra que eso es precisamente así. ¿Qué es lo que impulsa al mundo sino la confianza que Dios tiene en el hombre? Es una confianza que se refleja en el corazón de los pequeños, de los humildes, cuando a través de las dificultades y las pruebas se esfuerzan cada día por

obrar de la mejor forma posible, por realizar un bien que parece pequeño, pero que a los ojos de Dios es muy grande: en la familia, en el lugar de trabajo, en la escuela, en los diversos ámbitos de la sociedad. La esperanza está indeleblemente escrita en el corazón del hombre, porque Dios nuestro Padre es vida, y estamos hechos para la vida eterna y bienaventurada.

Todo niño que nace es signo de la confianza de Dios en el hombre y es una confirmación, al menos implícita, de la esperanza que el hombre alberga en un futuro abierto a la eternidad de Dios. A esta esperanza del hombre respondió Dios naciendo en el tiempo como un ser humano pequeño. San Agustín escribió: «De no haberse tu Verbo hecho carne y habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgarlo apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros» (*Confesiones* X, 43, 69, citado en *Spe salvi*, 29).

Dejémosnos guiar ahora por Aquella que llevó en su corazón y en su seno al Verbo encarnado. ¡Oh María, Virgen de la espera y Madre de la esperanza, reaviva en toda la Iglesia el espíritu del Adviento, para que la humanidad entera se vuelva a poner en camino hacia Belén, donde vino y de nuevo vendrá a visitarnos el Sol que nace de lo alto (cf. *Lc* 1, 78), Cristo nuestro Dios! Amén. ■

### Primeras Vísperas del I Domingo de Adviento

Basilica de San Pedro  
Domingo 1 de diciembre de 2007

# A todos los Santos



Patriarcas que fuisteis la semilla  
del árbol de la fe en siglos remotos,  
al vencedor divino de la muerte  
rogadle por nosotros.

Profetas que rasgasteis inspirados  
del porvenir el velo misterioso,  
al que sacó la luz de las tinieblas  
rogadle por nosotros.

Almas cándidas, Santos Inocentes,  
que aumentáis de los ángeles el coro,  
al que llamó a los niños a su lado  
rogadle por nosotros.

Apóstoles que echasteis en el mundo  
de la Iglesia el cimiento poderoso,  
al que es de la verdad depositario  
rogadle por nosotros.

Mártires que ganasteis vuestra palma  
en la arena del circo, en sangre rojo,  
al que os dio fortaleza en los combates  
rogadle por nosotros.

Virgenes semejantes a azucenas,  
que el verano vistió de nieve y oro,  
al que es fuente de vida y hermosura  
rogadle por nosotros.

Monjes que de la vida en el combate  
pedisteis paz al claustro silencioso,  
al que es iris de calma en las tormentas  
rogadle por nosotros.

Doctores cuyas plumas nos legaron  
de virtud y saber rico tesoro,  
al que es caudal de ciencia inextinguible  
rogadle por nosotros.

Soldados del Ejército de Cristo,  
Santas y Santos todos,  
rogadle que perdone nuestras culpas  
a Aquel que vive y reina entre nosotros.

**Gustavo Adolfo Becquer**  
(Rima LXXX)

# ADORAR EN PRESENCIA DE DIOS

## Salmo 15.

<sup>1</sup>Salmo. De David

¿Quién puede, Señor, hospedarse en tu tienda

y habitar en tu monte Santo?

<sup>2</sup>El que obra con integridad

y practica la justicia;

el que dice con sinceridad lo que piensa

<sup>3</sup>y no calumnia con su lengua;  
el que no hace mal a su prójimo y no difama a su vecino;

<sup>4</sup>el que desprecia al malvado  
y honra a los que temen al Señor;

el que mantiene lo que juró  
aun en daño propio;

<sup>5</sup>el que no presta dinero con intereses,  
ni acepta soborno contra el inocente.  
¡El que así obra nunca se tambaleará!

Este salmo empieza con una pregunta que el autor inspirado dirige a Dios: «¿Quién puede, Señor, hospedarse en tu tienda y quién habitar en tu monte Santo?». La pregunta de este hombre justo lleva implícita la respuesta: nadie puede estar en presencia de Dios, nadie puede contemplarle cara a cara.

Israel no tiene conciencia de que la condición pecadora del hombre no puede subsistir ante la sublime santidad de Dios, ya que esto supondría el aniquilamiento de nuestra naturaleza. De hecho, el salmista admite como única posibilidad de que el hombre pueda mantenerse en presencia de Dios, solamente si aquel «está exento de mancha», es decir, de culpa. Para el salmista, este hombre no existe ni siquiera entre los profetas, considerados en la espiritualidad de Israel como íntimos amigos de Dios.

En efecto, Isaías, que pasa por la experiencia de haber visto a Dios, cree que ha llegado a su fin porque, siendo un hombre impuro, sus ojos han visto al tres veces Santo. Escuchemos su vivencia: «Los Ángeles se gritaban el uno al otro: Santo, Santo, Santo, Yahvé Señor de los ejércitos: llena está toda la tierra de su gloria. Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y el templo se llenó de humo. Y dije: ¡ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros hábitos, porque mis ojos han visto a Yahvé!» (Is 6,3-5).

Tobías, que vivió el drama del destierro y sentía en su alma la tragedia de vivir lejos del templo de Jerusalén, es movido por Dios, quién le suscita esta oración de bendición y alabanza en la que le anuncia que Él volverá a levantar su tienda, es decir, su templo, desde don-

de mostrará su amor a todo hombre. Le promete que levantará una nueva tienda en donde todo hombre tendrá acceso a la presencia de Dios. «Yo doy testimonio de Yahvé en el país del destierro, y publico su fuerza y su grandeza a los pecadores... ¡Jerusalén, Ciudad Santa! Dios te castigo por las obras de tus hijos, pero volverá apiadarse de ti. Alaba al Rey de los siglos para que de nuevo levante en ti con regocijo su tienda, y muestre en ti su amor a todo miserable» (Tob 13, 6-10).

Tobías anuncia proféticamente que Dios va a levantar una nueva tienda donde acogerá como huésped a todo hombre, a todo miserable. No es, pues, un lugar de encuentro para los intachables, ya que «el intachable», Jesucristo, asumiendo todas nuestras manchas, fue el que levantó la nueva tienda, el lugar del encuentro del hombre con Dios.

Levanto la nueva tienda cuando Él mismo fue elevado en el Monte Calvario, desde donde, como había anunciado, manifestó la gloria de Dios. «Cuando hayáis levantado al hijo del hombre, entonces sabréis que Yo Soy» (Jn 8,28). Este nombre de «Yo Soy», fue el que Yahvé reveló a Moisés como garantía de la autenticidad de la misión a la que era enviado (Ex 3,14). Nueva tienda, manifestación gloriosa del misterio de Dios a la que, como hemos dicho antes, todo hombre tiene acceso, como el mismo Jesús anuncia antes de su pasión: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (Jn 12,32).

Sabemos cómo los Santos Padres de la Iglesia nos anuncian que Dios hizo na-

cer el Evangelio, que es su misma fuerza, del costado abierto de su Hijo en la cruz, simbolizado en la sangre y en el agua que, limpiando todo pecado, «justifica al hombre», como dice San Pablo (Rom 3,28). Es, en este nuevo templo levantado en el Calvario, manifestación del misterio de Dios, revelación del rostro de Dios por medio de la predicación del Evangelio, donde el hombre puede adorar a Dios en espíritu y en verdad. Y así se lo anunció Jesús a la samaritana, cuando ella le preguntó si era en el templo de Samaría o en el de Jerusalén donde se debía adorar a Dios.

Oigamos la respuesta de Jesús: «Créeme, mujer, que llega la hora en que ni en Samaría ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad» (Jn 4,21-24).

A la luz de esta nueva realidad creada por Dios en su Hijo, encontramos en san Juan la primera adoradora en espíritu y verdad, a la que podemos llamar en este contexto, primogénita de la Iglesia: María de Nazaret, al pie de la Cruz (Jn 19,25-27). Encontramos a esta Madre-Mujer contemplando el misterio de Dios en el rostro de su Hijo entregado. La llamamos primogénita por ser la primera y, al mismo tiempo, Madre de la nueva humanidad que Dios engendró en este Monte Santo del Calvario; Madre, cuya primicia fue Juan; uno junto al otro y sosteniéndose el uno al otro en el dolor, fijaron sus ojos más allá del rostro desfigurado de Jesús y, clavándolos en el horizonte infinito de Dios, ¡adoraron! ■

**Antonio Pavía**

*En el espíritu de los salmos*



# LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

**1210** Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete, a saber, Bautismo, Confirmación, Eucaristía, Penitencia, Unción de los enfermos, Orden sacerdotal y Matrimonio. Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos. Hay aquí una cierta semejanza entre las etapas de la vida natural y las etapas de la vida espiritual (cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 3, q. 65, a.1, c). ■

**1211** Siguiendo esta analogía se explicarán en primer lugar los tres sacramentos de la iniciación cristiana (*capítulo primero*), luego los sacramentos de la curación (*capítulo segundo*), finalmente, los sacramentos que están al servicio de la comunión y misión de los fieles (*capítulo tercero*). Ciertamente este orden no es el único posible, pero permite ver que los sacramentos forman un organismo en el cual cada sacramento particular tiene su lugar vital. En este organismo, la Eucaristía ocupa un lugar único, en cuanto «sacramento de los sacramentos»: «todos los otros sacramentos están ordenados a éste como a su fin» (Santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 3, q. 65, a. 3, c). ■

## LOS SACRAMENTOS DE LA INICIACIÓN CRISTIANA

**1212** Mediante los sacramentos de la iniciación cristiana, el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, se ponen los fundamentos de toda vida cristiana. “La participación en la naturaleza divina, que los hombres reciben como don mediante la gracia de Cristo, tiene cierta analogía con el origen, el crecimiento y el sustento de la vida natural. En efecto, los fieles renacidos en el Bautismo se fortalecen con el sacramento de la Confirmación y, finalmente, son alimentados en la Eucaristía con el manjar de la vida eterna, y, así por medio de estos sacramentos de la iniciación cristiana, reciben cada vez con más abundancia los tesoros de la vida divina y avanzan hacia la perfección de la caridad” (Pablo VI, Const. apost. *Divinae consortium naturae*; cf. *Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos*, Prenotandos 1-2). ■

## EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO

El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu («*vitae spiritualis ianua*») y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos partícipes de su misión (cf Concilio de Florencia: DS 1314; CIC, can 204,1; 849; CCEO 675,1): *Baptismus est sacramentum regenerationis per aquam in verbo* («El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra»: *Catecismo Romano* 2, 2, 5). ■

### I. El nombre de este sacramento

Este sacramento recibe el nombre de *Bautismo* en razón del carácter del rito central mediante el que se celebra: bautizar (*baptizein* en griego) significa «sumergir», «introducir dentro del agua»; la «inmersión» en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo, de donde sale por la resurrección con Él (cf *Rm* 6, 3-4; *Col* 2, 12) como «nueva criatura» (2 *Co* 5, 17; *Ga* 6, 15). ■

Este sacramento es llamado también «*baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo*» (Tt 3, 5), porque significa y realiza ese nacimiento del agua y del Espíritu sin el cual «nadie puede entrar en el Reino de Dios» (*Jn* 3, 5). ■

«Este baño es llamado *iluminación* porque quienes reciben esta enseñanza (catequética) su espíritu es iluminado» (San Justino, *Apología* 1, 61). Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, «la luz verdadera que ilumina a todo hombre» (*Jn* 1, 9), el bautizado, «tras haber sido iluminado» (*Hb* 10, 32), se convierte en «hijo de la luz» (1 *Ts* 5, 5), y en «luz» él mismo (*Ef* 5, 8):

1216 El Bautismo «es el más bello y magnífico de los dones de Dios [...] lo llamamos don, gracia, unción, iluminación, vestidura de incorruptibilidad, baño de regeneración, sello y todo lo más precioso que hay. *Don*, porque es conferido a los que no aportan nada; *gracia*, porque es dado incluso a culpables; *bautismo*, porque el pecado es sepultado en el agua; unción, porque es sagrado y real (tales son los que son ungidos); *iluminación*, porque es luz resplandeciente; *vestidura*, porque cubre nuestra vergüenza; *baño*, porque lava; *sello*, porque nos guarda y es el signo de la soberanía de Dios» (San Gregorio Nacianceno, *Oratio* 40, 3-4). ■



# Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

## Noviembre 2020

TURNO	NOVIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TÉLFONO	HORA DE COMIENZO
2	14	Santísimo Cristo de la Victoria	Blasco de Garay 33	915 432 051	23:00
3	12	La Concepción	Goya 26	915 770 211	22:30
4	6	San Felipe Neri	Antonio Arias 17	915 737 272	22:30
5	20	María Auxiliadora	Ronda de Atocha 27	915 304 100	21:00
6	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
7	22	Basilica La Milagrosa	García de Paredes 45	914 473 249	21:45
10	6	Santa Rita	Gaztambide 75	915 490 133	21:00
11	27	Espíritu Santo y Ntra. Sra. de la Araucana	Puerto Rico 29	914 579 965	21:45
13	7	Purísimo Corazón de María	Embajadores 81	915 274 784	21:00
14	27	San Hermenegildo	Fósforo 4	913 662 971	21:30
15	10	San Vicente de Paul	Plaza San Vicente de Paul 1	915 693 818	22:00
16	11	San Antonio	Bravo Murillo 150	915 346 407	21:00
17	12	San Roque	Abolengo 10	914 616 128	21:00
19	27	Inmaculado Corazón de María	Ferraz 74	917 589 530	21:00
20	6	Ntra. Sra. de las Nieves	Nuria 47	917 345 210	21:30
22	14	Virgen de la Nueva	Calanda s/n	913 002 127	21:00
23	6	Santa Gema Galgani	Leizarán 24	915 635 068	22:30
24	6	San Juan Evangelista	Plaza Venecia 1	917 269 603	21:00
25	28	Virgen del Coro	Virgen de la Alegría s/n	914 045 391	21:00
28	6	Ntra. Sra. del Stmo. Sacramento	Clara del Rey 38	914 156 077	21:00
31	6	Santa María Micaela	General Yagüe 23	915 794 269	21:00
32	26	Nuestra Madre del Dolor	Avda. de los Toreros 45	917 256 272	21:00
33	5	San Germán	General Yagüe 26	915 554 656	21:30
35	27	Santa María del Bosque	Manuel Uribe 1	913 000 646	22:00
36	21	San Matias	Plaza de la Iglesia 1	917 631 662	21:00
38	27	Ntra. Sra. de la Luz	Fernán Núñez 4	913 504 574	22:00
39	6	San Jenaro	Vital Aza 81 A	913 672 238	
40	13	San Alberto Magno	Benjamín Palencia 9	917 782 018	22:00
41	13	Virgen del Refugio y Santa Lucia	Manresa 60	917 342 045	22:00
42	6	San Jaime Apóstol	José Martínez Seco 54	917 979 535	21:30
43	6	San Sebastián Mártir	Plaza de la Parroquia 1	914 628 536	21:00
45	20	San Fulgencio y San Bernardo	San Illán 9	915 690 055	22:00
46	6	Santa Florentina	Longares 8	913 133 663	22:00
47	13	Inmaculada Concepción	El Pardo	913 760 055	21:00
48	13	Ntra. Sra. del Buen Suceso	Princesa 43	915 482 245	21:30
49	20	San Valentín y San Casimiro	Villajimena 75	913 718 941	22:00
50	13	Santa Teresa Benedicta de la Cruz	Senda del Infante 20	913 763 479	21:00
51	14	Sacramentinos	Alcalde Sáinz de Baranda 3	915 733 204	21:00
52	5	Bautismo del Señor	Gavilanes 11	913 731 815	22:00
53	6	Santa Catalina de Siena	Juan de Urbieto 57	915 512 507	22:00
55	27	Santiago El Mayor	Santa Cruz de Marcenado 11	915 426 582	21:00
56	19	San Fernando	Alberto Alcocer 9	913 500 841	21:00
57	7	San Romualdo	Azcao 30	913 675 135	21:00
59	6	Santa Catalina Labouré	Arroyo de Opañel 29	914 699 179	21:00
61	7	Ntra. Sra. del Consuelo	Cleopatra 13	917 783 554	22:00
62	11	San Jerónimo el Real	Moreto 4	914 203 078	21:00
63	13	San Gabriel de la Dolorosa	Arte 4	913 020 607	22:00
64	20	Santiago y San Juan Bautista	Santiago 24	915 480 824	21:00
65	13	Ntra. Sra. de los Álamos	León Felipe 1	913 801 819	21:00
66	21	Ntra. Sra. del Buen Consejo (Colegiata S Isidro)	Toledo 37	913 692 037	21:00
67	27	San Martín de Porres	Abarzuza s/n	913 820 494	21:00
69	20	Virgen de los Llanos	Plaza Virgen de los Llanos 1	917 058 471	21:00
70	19	San Ramón Nonato	Melquiades Biencinto 10	914 339 301	21:30
71	13	Santa Beatriz	Concejal Francisco José Jimenez Martín 130	914 647 066	21:00
72	6	Nuestra Señora de la Merced	Corregidor Juan Francisco de Luján 101	917 739 829	21:00
73	6	Patrocinio de San José	Pedro Laborde 78	917 774 399	21:00

# Calendario de Vigilias de la Sección de Madrid

## Noviembre 2020

TURNO	NOVIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
74	13	Santa Casilda	Parador del Sol 10	915 691 090	21:00
75	20	San Ricardo	Gaztambide 21	915 432 291	
76	13	Nuestra Señora del Cortijo	Avenida Manoteras S/N	917 665 081	21:00
77	6	Santa María del Pozo y Santa Marta	Montánchez 13	917 861 189	21:00
78	20	Epifanía del Señor	Nuestra Señora de la Luz 64	914 616 613	21:30

## Calendario de Vigilias de las Secciones de la Diócesis de Madrid

SECCIÓN	NOVIEMBRE	IGLESIA	DIRECCIÓN	TELÉFONO	HORA DE COMIENZO
Fuencarral	7	San Miguel Arcángel	Islas Bermudas	917 340 692	21:30
Tetuán de las Victorias	13	Ntra. Sra. de las Victorias	Azucenas 34	915 791 418	21:00
Pozuelo de Alarcón T I	27	Asunción de Ntra. Sra.	Iglesia 1	913 520 582	22:00
Pozuelo de Alarcón T II A	12	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Pozuelo de Alarcón T II B	19	Casa Ejercicios Cristo Rey	Cañada de las Carreras Oeste 2	913 520 968	21:30
Santa Cristina T I y II	14	Santa Cristina	Paseo Extremadura 32	914 644 970	
Ciudad Lineal	21	Ntra. Sra. de la Concepción	Arturo Soria 5	913 674 016	21:00
Campamento T I y II	27	Ntra. Sra. del Pilar	Plaza Patricio Martínez s/n	913 263 404	21:30
Fátima	14	Ntra. Sra. del Rosario de Fátima	Alcalá 292	913 263 404	
Vallecas	27	San Pedro Advíncula	Sierra Gorda 5	913 311 212	23:00
Alcobendas T I	6	San Pedro	Plaza Felipe Alvarez Gadea 2	916 521 202	22:30
Alcobendas T II	21	San Lesmes Abad	Paseo La Chopera 50	916 620 432	22:30
Mingorrubio	12	San Juan Bautista	Regimiento	913 760 898	21:00
Pinar del Rey	20	San Isidoro y San Pedro Claver	Balaguer s/n	913 831 443	22:00
Ciudad de los Ángeles	21	San Pedro Nolasco	Doña Francisquita 27	913 176 204	22:30
Las Rozas T I	13	La Visitación de Ntra. Sra.	Comunidad de Murcia 1	916 344 353	22:00
Las Rozas T II	20	San Miguel Arcángel	Cándido Vicente 7	916 377 584	21:00
Las Rozas T III	6	San José (Las Matas)	Amadeo Vives 31	916 303 700	21:00
Peñagrande	20	San Rafael Arcángel	Islas Saipán 35	913 739 400	21:00
San Lorenzo de El Escorial	21	San Lorenzo Martir	Medinaceli 21	918 905 424	22:30
Majadahonda	6	Santa María	Avda. España 47	916 340 928	21:30
Tres Cantos	21	Santa Teresa	Sector Pintores 11	918 031 858	22:30
La Navata	20	San Antonio	La Navata	918 582 809	22:30
La Moraleja	27	Ntra. Sra. de la Moraleja	Nardo 44	916 615 440	22:00
Villanueva del Pardillo	20	San Lucas Evangelista	Plaza de Mister Lodge 2	918 150 712	21:00
San Sebastián de los Reyes	6	Ntra. Sra. de Valvanera	Avda. Miguel Ruiz Felguera 4	916 524 648	22:00
<b>Turnos en preparación</b>					
Secc. Madrid (T-79)	13	Nuestra Señora de la Paz	Valderribas 57	915 012 328	21:00
Secc. Madrid (T-80)	6	Oratorio Caballero de Gracia	Gran Vía 17 (Caballero de Gracia 5)	915 326 937	21:00
Secc. Madrid (T-81)	13	Nuestra Señora de los Apóstoles	Luis de Hoyos Sainz 94 Bis	913 714 411	21:00
Secc. Madrid	20	San Eloy	Plaza Doctor Barraquer 1	917 389 740	21:00
Secc. Tetuán de las Victorias	13	San Eduardo y San Atanasio	General Margallo 6	915 702 700	21:00
Secc. Vallecas	19	Santa Josefa Maria del Sagrado Corazón	Avenida de la Gavia 25	914 254 468	21:00



La celebración del Culto en la Capilla de la Sede queda sujeta a las decisiones de las autoridades en relación con el decreto de declaración del estado de alarma vigente en el momento de elaboración de este Boletín.

Se ruega a los responsables de los Turnos y Secciones que estén pendientes de las comunicaciones del Consejo Diocesano de la Adoración Nocturna de Madrid al respecto.

## Rezo del Manual para el mes de noviembre 2020

<b>Esquema del Domingo I</b>	del día 14 al 20 y del 28 al 30	pág. 47
<b>Esquema del Domingo II</b>	del día 21 al 27	pág. 87
<b>Esquema del Domingo III</b>	del día 1 al 6	pág. 131
<b>Esquema del Domingo IV</b>	del día 7 al 113	pág. 171

Las antífonas del 1 al 27 corresponden al Tiempo Ordinario. Las antífonas del día 28 al 30 corresponden al Tiempo de Adviento, también puede utilizarse el esquema propio del mismo en la página 287.

*1 de noviembre de 2020; 22:00 horas*  
*Vigilia general de difuntos*



*Cristo tiene que reinar hasta que Dios  
haga de sus enemigos estrado de sus pies.  
El último enemigo aniquilado será la muerte.  
Entonces la muerte y el abismo entregarán  
sus muertos, y la muerte y el abismo  
serán arrojados al lago de fuego*

*Parroquia Basílica de La Milagrosa*  
*Calle García de Paredes, 45*